

La obra del Espíritu en la nueva Creación



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

La obra del Espíritu en la nueva Creación

Nº 3134

Sermón predicado la noche del Jueves 23 de Enero de 1873 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres, (y publicado el Jueves 4 de Marzo de 1909).

“Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”. —
Génesis 1: 2.

No podemos decir cómo revoloteaba el Espíritu de Dios sobre esa vasta masa acuosa. Es un misterio, pero es también un hecho, y es revelado aquí como algo sucedido en el propio comienzo de la creación, incluso antes de que Dios dijera: “Sea la luz”. El primer acto divino en acondicionar este planeta para la habitación del hombre, fue que el Espíritu de Dios se moviera sobre la faz de las aguas. Hasta ese momento todo estaba informe, vacío, desordenado y en confusión. En una palabra: era el caos; y para convertirlo en esa cosa bella que es el mundo al presente, —aunque es un mundo caído— era necesario que el movimiento del Espíritu de Dios se diera sobre él.

No sabemos cómo obra el Espíritu sobre la materia; pero sí sabemos que Dios, que es Espíritu, creó a la materia, y dio forma a la materia, y afirmó a la materia, y que Él libraré todavía a la materia de la mancha del pecado que permanece en ella. Veremos nuevos cielos y una nueva tierra en los que la materia misma será levantada de su presente estado de ruina, y habrá de glorificar a Dios; pero, sin el Espíritu de Dios, la materia de este mundo hubiera permanecido para siempre en el caos. Sólo cuando el Espíritu llegó, la obra de la creación comenzó.

Pretendo usar ese hecho esta noche, viéndolo desde un punto de vista espiritual. Es un hecho literal, y no hemos de considerar este capítulo de

Génesis, ni ninguna otra parte de Génesis, como una mera parábola; pero habiendo expresado esto, creemos ahora que podemos decir que estos hechos reales pueden ilustrar la obra de Dios en la nueva creación, y nuestro pensamiento principal, en este momento, es que la obra del Espíritu Santo en el alma del hombre, es comparable a Su obra en la creación. Así como en los diversos libros de un mismo autor se pueden rastrear las expresiones idiomáticas del escritor, y así como en muchas pinturas de un gran artista hay ciertos toques que delatan la misma mano, así también vemos trazas de la misma mano tanto en el grandioso libro de la naturaleza, como en el libro de la gracia; y en este grandioso cuadro de belleza material podemos ver el oficio de ese mismo Maestro-Artista que ha trazado líneas y curvas de belleza espiritual en las almas de los redimidos.

I. Primero, voy a procurar establecer UN PARALELO ENTRE LA OBRA DEL ESPÍRITU EN LA ANTIGUA CREACIÓN Y EN LA NUEVA.

Y, primero, quiero recordarles que, así como el movimiento del Espíritu Santo sobre las aguas fue el primer acto en la obra de los seis días, así la obra del Espíritu Santo en el alma es la primera obra de gracia en dicha alma. Podrían haberse escuchado mil sermones sin que hubiese ninguna obra eficaz en el alma, hasta que el Espíritu de Dios llega allí. Los domingos podrían haber pasado sobre la cabeza del hombre durante cincuenta años, y en cada uno de esos domingos ese hombre podría haber asistido con mucha frecuencia a la casa de Dios; pero no hubo nada hecho salvadoramente para él, si el Espíritu de Dios no hubiere entrado en él, y no hubiere comenzado a obrar en su alma. Pudiera haber sido bautizado, y haberse unido a la iglesia, y haber participado de la comunión; pero, a pesar de todo eso, su corazón sigue todavía desprovisto del tipo de forma o diseño que Dios quisiera que tuviera. Está vacío; no hay vida de Dios en su interior, no hay fe en Cristo, no hay verdadera esperanza para el futuro. Es un vacío en sí mismo a pesar de todo lo que se hubiere hecho, si el Espíritu de Dios no ha obrado en él.

Que el mejor hombre producido jamás por la simple moralidad siga siendo “desordenado y vacío”, —si el Espíritu de Dios no hubiere venido a él— es una verdad muy humillante, y a pesar de su carácter humillante, es

una verdad. Todos los esfuerzos que los hombres hacen por naturaleza, cuando son motivados por el ejemplo de otros o por los preceptos piadosos, no producen nada sino el caos en otra figura; algunos de los montes podrían haber sido aplanados, pero entonces los valles han sido elevados hasta convertirse en otros montes; algunos vicios han sido descartados, pero sólo para ser sustituidos por otros vicios que son, tal vez, hasta peores; o ciertas transgresiones han sido abandonadas por un tiempo, sólo para ser seguidas por un regreso a los mismísimos pecados, de tal manera que les ha acontecido, como escribe Pedro, “lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno”. A menos que el Espíritu de Dios haya estado obrando en su interior, el hombre es todavía, a los ojos de Dios: “desordenado y vacío” en cuanto a todo lo que Dios pudiera ver con agrado.

¡Cómo!, ¿es así, a pesar de que un hombre hubiere realizado grandes esfuerzos, y hubiere hecho realmente lo mejor que podía? Sí; pues “lo que es nacido de la carne, carne es”, aun cuando la carne hace lo mejor que pueda; su vástago más hermoso sigue siendo carne únicamente. El agua subirá naturalmente de nivel tan alto como su propia fuente, pero, sin la ayuda de ninguna presión externa, nunca subirá más alto; y la humanidad se alzarán tan alto como pueda hacerlo la humanidad, pero nunca podrá sobrepasar ese límite mientras el Espíritu de Dios no le hubiere impartido una fuerza sobrenatural. “El que no naciere de nuevo (no naciere de lo alto), no puede ver el reino de Dios”. El verdadero primer acto de la grandiosa obra de la nueva creación, es que el Espíritu de Dios se mueve sobre el alma como se movió sobre la faz de las aguas.

La segunda cosa que les pido que noten es que el hombre mismo no contribuye para nada en esta obra. “La tierra estaba desordenada y vacía”, de tal manera que no podía hacer nada para ayudar al Espíritu. “Las tinieblas estaban sobre la faz del abismo”. El Espíritu no encontró ninguna luz allí. Tenía que ser creada. No había nada en absoluto que ayudara al Espíritu de Dios, no había agentes obrando que pudieran decirle: “Hemos estado preparando el camino para tu venida; necesitábamos de tu asistencia; estábamos esperándote, y nos regocija que vinieras para completar la obra que nosotros hemos comenzado”. No hubo nada de ese tipo; y por muy triste que sea esta verdad, en el hombre no regenerado no hay nada de

ningún tipo que pueda ayudar al Espíritu de Dios. El corazón del hombre promete ayuda, pero “engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” La voluntad tiene una gran influencia en el hombre, pero la voluntad es en sí misma depravada, así que intenta jugar el papel de tirano sobre todas las demás potencias del hombre, y rehúsa convertirse en siervo del Espíritu eterno de la verdad. Si no he de predicar nunca el Evangelio a un pecador hasta no ver algo en él, que ayude al Espíritu Santo a salvarle, nunca sería capaz de predicar el Evangelio en absoluto; y si Jesucristo no salva nunca a nadie hasta no ver algo en la persona que clama a Cristo para que le salve, entonces ningún hombre sería salvado jamás.

Por naturaleza, nosotros no somos simplemente como el hombre que fue herido cuando iba de Jerusalén a Jericó, y que fue abandonado medio muerto en el camino, sino que estamos completamente “muertos en nuestros delitos y pecados”, y en el pecador muerto no hay nada que pudiera ayudar a su propia resurrección. No hay una mano allí que pudiera ser levantada, ni siquiera hay un oído que pudiera oír, ni un ojo que pudiera ver, ni pulso alguno que pudiera latir. No exageramos ni vamos más allá de la verdad cuando afirmamos esto; y todo hombre está muerto de esa manera mientras el Espíritu de Dios no venga a él; y cuando el Espíritu viene a él, no encuentra nada en la persona que pudiera cooperar con el Espíritu de Dios, sino que todo lo que ha de ser bueno debe ser creado en él, y debe ser llevado a él, y debe ser infundido en él. Lo que se necesita, no es abanicar las chispas que casi se han extinguido, ni fortalecer una vida que estaba casi muerta debido al desfallecimiento; el Espíritu tiene que tratar con la muerte, la podredumbre y la corrupción. La naturaleza del hombre es un osario, y un sepulcro y un pequeño infierno; y el Espíritu de Dios ha de implantar en ella lo que vive, y es bueno y agradable a los ojos de Dios, si es que ha de encontrarse allí.

Pero, más que eso, en la antigua creación, no sólo no había allí nada que pudiera ayudar al Espíritu Santo, sino que nada parecía congruente en absoluto con el Espíritu. Quiero decir, por ejemplo, que el Espíritu de Dios es el Espíritu de orden, pero allí había desorden. Él es el Espíritu de luz, pero allí había tinieblas. ¿No parece algo extraño que el Espíritu de Dios hubiere llegado allí del todo? Adorado en Su excelente gloria en el cielo,

donde todo es orden y todo es luz, ¿por qué tendría que venir para revolotear sobre el abismo de las aguas, y comenzar la grandiosa obra de poner orden en el caos? Y, de manera semejante, muy frecuentemente hemos preguntado: ¿Por qué vino el Espíritu de Dios a nuestros corazones? ¿Qué había en nosotros que indujera al Espíritu de Dios a comenzar una obra de gracia en nosotros? Admiramos la condescendencia de Jesús al dejar el cielo para morar en la tierra; pero, ¿no admiramos igualmente la condescendencia del Espíritu Santo al venir a morar en tan pobres corazones como los nuestros? Jesús vivió con los pecadores, pero el Espíritu Santo reside en nosotros. Si fuera posible que la condescendencia de la encarnación fuera superada, lo sería en el hecho de que el Espíritu Santo mora dentro de los corazones de los hombres. Es, en verdad, un milagro de misericordia, pues, lo repito, por naturaleza no hay nada en el corazón que pueda agradar en lo más mínimo al Espíritu Santo, sino que está presente todo lo que le contrista. El Espíritu quiere engendrar en nosotros el arrepentimiento del pecado, pero el corazón es duro como una piedra. El Espíritu quiere obrar en nosotros la fe, pero el corazón está lleno de incredulidad. El Espíritu quiere hacernos puros, pero el corazón está enamorado del pecado. El Espíritu quiere conducirnos a Dios, pero todas nuestras pasiones nos inclinan a huir de Él, y a correr hacia todo aquello que es contrario a Él. Sin embargo, el Espíritu de Dios viene y obra en nosotros, aun cuando nuestro corazón no es nada sino caos, y nuestra naturaleza está llena de tinieblas. Por esta portentosa misericordia, hemos de bendecir y amar al Espíritu de Dios.

Noten, también, que el Espíritu de Dios es tan misterioso en Su entrada en los corazones humanos como lo fue en Su obra en la antigua creación. Dije antes que no podemos explicar cómo el Espíritu de Dios revoloteaba sobre la faz de las aguas. Algunos tratan de extraer un significado a partir de la palabra hebrea, pero yo creo que les sirve de poca ayuda. Se trata de uno de los misterios profundos de la Escritura. El contacto del Espíritu con la materia ha de permanecer siendo siempre un portento; ¿y podremos decir jamás cómo el Espíritu de Dios llega y trata con hombres pecadores? Sabemos que nuestro propio Salvador le dijo a Nicodemo: “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”.

Pero, por misterioso que sea, es real, como lo saben bien aquellos que lo han experimentado, y como pueden verlo aquellos que observan los efectos que el Espíritu produce en los corazones de los hombres. Yo quisiera preguntarles a todos los presentes en esta asamblea, si saben algo acerca de la misteriosa obra del Espíritu Santo en sus almas.

Amados oyentes, es posible que haya muchas cosas que ustedes pudieran ignorar, y, sin embargo, no estarían peor debido a esa ignorancia; pero si son ignorantes de la obra del Espíritu Santo en su espíritu, entonces ustedes son ignorantes de la vida eterna, ignorantes de lo que es necesario para librarlos del infierno y levantarlos hasta el cielo. ¿Han experimentado alguna vez, dentro de su espíritu, un poder divino que los volvió de sus viejos hábitos y de sus antiguos caminos, y que realizó un cambio tan radical en ustedes que ya no son más lo que antes eran, un cambio que fue prácticamente para ustedes un nuevo nacimiento, una nueva creación? Les ruego que no se engañen a ustedes mismos acerca de este asunto. Los pecadores tenían que nacer de nuevo en el tiempo de los apóstoles, y deben nacer de nuevo ahora, si han de ver o han de entrar en el reino de Dios alguna vez. Era necesario que fueran regenerados en los días de Cristo, pero es igualmente necesario ahora; y no es simplemente necesario para la gente que ha estado en prisión o para aquellos que han sido rateros y borrachos; es igualmente necesario para ustedes, hijos de padres piadosos, para ustedes, gente respetable, pues ustedes que no han realizado nunca ninguna acción deshonrosa en toda su vida. Ustedes no son todavía partícipes de la naturaleza divina a menos que el Espíritu de Dios, en el profundo misterio de Su omnipotente poder, obre esa nueva vida en su alma.

Yo me he hecho solemnemente esta pregunta: “¿he nacido de nuevo?”, e insto a cada uno de ustedes a que se examine honestamente sobre este asunto de extrema importancia. No hemos de quedarnos satisfechos a menos de que en verdad sepamos que así es. ¡Qué cosa tan terrible sería que dudara si soy un hijo de Dios o no, si estoy en el camino del cielo o no! ¡Que Dios nos conceda que ninguno de nosotros tenga tal duda, ni siquiera por una hora, sino que tengamos absoluta certeza sobre este punto, por misterioso que sea!

Hemos notado hasta aquí que el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas y que eso constituyó el primer acto de la obra de los seis días, y que nada de la tierra contribuyó o fue propicio a ese movimiento que fue un misterio, y, sin embargo, fue muy real.

Noten, a continuación, que este movimiento fue sumamente eficaz. “La tierra estaba desordenada y vacía”, pero eso no rindió al Espíritu de Dios. “Las tinieblas estaban sobre la faz del abismo”, pero Él pudo obrar en lo oscuro. Las tinieblas no le estorbaron; y, bendito sea Dios porque la profunda depravación de nuestra naturaleza no impidió al Espíritu Santo crearla de nuevo en Cristo Jesús. Sin Dios, la conversión de un corazón de piedra en uno de carne sería ciertamente imposible; y si hubiera habido una imposibilidad de imposibilidades, siento que cambiar mi naturaleza habría constituido esa imposibilidad, y cada cristiano aquí presente podría sentir lo mismo en relación a él mismo o a ella misma.

Pero nada es demasiado difícil para el Señor; aunque un hombre podría no haber tenido ningún conocimiento del Evangelio hasta el momento en el que el Espíritu de Dios viene a él, o aunque hubiera podido estar tan violentamente opuesto a ese Evangelio hasta el límite de sus posibilidades, sin embargo, tan pronto como el Espíritu de Dios trata salvadoramente con ese hombre, todos los obstáculos desaparecen, toda oposición cede, y la obra de gracia es llevada a cabo eficazmente. La luz vino cuando Dios dijo: “Sea la luz”. Las aguas fueron separadas, emergió la tierra seca, y las aves aladas, y el pez que nada en lo profundo, y el ganado que puebla los campos, y el hombre mismo a imagen de Dios: todos ellos vinieron al mandamiento de Dios. El caos se convirtió en un huerto, y la muerte floreció para convertirse en vida.

Sólo se requería que el Espíritu de Dios viniera, y entonces la obra fue hecha eficazmente, y este es un punto que quiero mencionar para darles ánimo a algunas personas aquí presentes. Ustedes podrían estar muertos en pecado, pero el Espíritu de Dios puede revivirlos. Querido hermano, es posible que estés predicando a personas que están muertas en el pecado, pero, predícales el Evangelio de igual manera. Tu deber es predicar el Evangelio a los pecadores muertos, pues lo que hace vivir a los muertos es el Evangelio. Si tuviéramos que buscar alguna bondad natural en el pecador,

antes de que le prediquemos el Evangelio, no le predicaríamos nunca; pero tenemos que ir a él donde esté, cubierta su alma de tinieblas y rodeado por todos lados de ruina y confusión; y mientras nosotros predicamos la Palabra, el Espíritu de Dios la acompaña con poder salvador, y el hombre es revivido y hecho a imagen de Dios.

Bendito sea Dios porque la obra del Espíritu es siempre eficaz. Es posible contristar y resistir al Espíritu de Dios, pero cuando aplica Su fuerza omnipotente, entonces es irresistible; la voluntad es dulcemente domeñada, y el hombre clama: “Grandioso Dios, yo me entrego, constreñido por el amor poderoso. Depongo mis armas de rebelión, y continuo voluntariamente según me conduzca Tu Espíritu lleno de gracia”.

Quiero que noten también que, allí donde llegó el Espíritu, la obra fue llevada a cabo hasta su terminación. La obra de la creación no terminó en el primer día, sino que continuó hasta que fue completada en el sexto día. Dios no dijo: “Hice la luz, y ahora voy a dejar a la tierra tal como está”; y cuando hubo comenzado a dividir las aguas, y a separar a la tierra del mar, no dijo: “ahora no tendré que ver más con el mundo”. No tomó a la tierra recién formada en Sus manos y la arrojó de nuevo al caos, sino que prosiguió con Su obra hasta que, al día séptimo, cuando fue completada, descansó de toda la obra que hizo; y gloria sea dada a Dios porque no dejará incompleta la obra que ha comenzado en nuestras almas. Allí donde el Espíritu de Dios ha comenzado a moverse, continúa moviéndose hasta que la obra es consumada; y no fallará, ni se hará a un lado hasta no completar todo. ¡Cómo hemos de bendecir Su nombre por esto! Si el Espíritu de Dios abandonara alguna vez Su obra en el alma de algún hombre, entonces cada uno de los aquí presentes podría sentir: “podría dejar la obra inacabada en mí”, y no quedaría ningún sólido consuelo para ninguno de nosotros. Si un hijo de Dios pudiera caer jamás de la gracia, entonces ustedes y yo estaríamos entre los primeros que caerían; pero Jesús dijo: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”. Cantamos correctamente:

La obra que emprende la sabiduría
La eterna misericordia nunca abandona.

Tan ciertamente como hay un primer día, vendrá un séptimo día en el que Dios reposará, porque Su obra estará terminada; y tan ciertamente como el Espíritu de Dios se ha movido en nuestra alma, y la luz ha venido a nosotros en lugar de las tinieblas, así habrá un día de reposo en el que guardaremos el día de Reposo de Dios, con Él por siempre, porque la obra del Espíritu habrá sido completada en nosotros así como la obra de Cristo ha sido consumada a favor nuestro.

II. Ahora, habiendo procurado así establecer un paralelo entre la obra del Espíritu en la antigua creación y en la nueva, permítanme proseguir a la parte práctica de la meditación de esta noche, e intentar mostrarles, en segundo lugar, que EL PARALELO QUE HEMOS BOSQUEJADO PROPORCIONA MUCHOS ÁNIMOS.

Y, primero, proporciona un aliento a aquellos pecadores turbados que temen estar por completo más allá de toda posibilidad de salvación. “Yo”, —dice alguien— “estoy consciente de que no hay ningún bien en mí de ningún tipo, y que soy tan malvado que una sombría desesperación se ha arraigado en mi corazón”. Escucha el texto, hermano mío: “La tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo”. ¿Acaso esa no es una descripción exacta de tu corazón? “Oh, sí”, —respondes— “eso es un verdadero y terrible cuadro de mí mismo”. Bien, ¿qué sigue? “Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”. Mientras había confusión, mientras había tinieblas, antes de que hubiere cualquier tipo de preparación para la llegada del Espíritu, o de que hubiere cualquier encendimiento de antorchas con las que disolver las tinieblas, o cualquier cosa que hubiere parecido como el comienzo del orden, el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Entonces, ¿por qué no habría de moverse en tu alma? Otros que se encontraban en una condición tan triste como en la que te encuentras ahora, han sido salvados; entonces, ¿por qué no habrías de ser salvado tú también? Has sido un vil pecador, pero otros pecadores igualmente viles han recibido el Espíritu de Dios, y les ha llevado a Cristo; entonces, ¿por qué no habrías de recibirlo tú también? Si has sido el más vil de los viles, hay un texto que te da todavía buen ánimo; es aquel versículo en el que Pablo habla de sí mismo como el primero de los pecadores, y, sin embargo, declara que fue salvado. Tú no puedes ser un peor pecador que el primero de los pecadores; el primero está

antes de todos, y tú sólo podrías ser el segundo después del primero; o si tú fueras incluso igual a él, Dios ha demostrado Su poder de salvarte al salvar a Saulo de Tarso. Piensa en lo que era el caso de Saulo cuando iba camino a Damasco. Vamos, si eso fuera posible, era más caótico que el caos mismo, y más oscuro que las prístinas tinieblas. Saulo estaba sumamente airado contra el pueblo de Dios, y estaba obstinado en su destrucción; sin embargo, el Espíritu de Dios vino sobre él, y en pocos minutos Saulo estaba clamando: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?”

Pobre alma desesperada, permíteme que agregue esto: supón que alguien como tú sea salvado; ¿acaso no sería un portento de la gracia? “Sí”, —dirías— “lo sería en verdad”. Bien, Dios es el grandioso Obrador de Portentos. Su deleite consiste en hacer cosas que son muy maravillosas, pues le proporcionan mayor gloria. Los hombres pueden hacer cosas banales pero los portentos son obrados por Dios. Si Él te salvara, ¿no te sentirías endeudado con Su gracia de por vida? “Sí”, —respondes— “así me sentiría, si Él tomara a un ser tan negro y pecador como yo, y me salvara”.

Muy bien, esto es justamente lo que quiere de Sus hijos, que le amen y le alaben por siempre, y sientan, agradecidos, que han de amarle. Cuando Dios tiene la intención de hacer a un gran santo, con frecuencia usa a un gran pecador como materia prima. El hombre que tiene grandes deudas es quien ama al amigo que solventa su deuda. Si yo fuera médico, y quisiera establecer mi reputación, ¿piensas que me ocuparía de ti, si te doliera un dedo o tuvieras alguna otra queja trivial? No; si yo quisiera que Londres resonara con la historia de mis curaciones, trataría de encontrar al hombre que está más cerca de las puertas de la muerte, o a alguien que está afectado por muchas enfermedades a la vez, y si yo le sanara, todos se quedarían sorprendidos, y se reportaría por todas partes: “este hombre ha realizado este grandioso portento”.

Ahora, Cristo es el Médico, y tú eres el paciente; y entre más grave sea tu condición, más gloria recibirá por tu causa. Él es ciertamente capaz de salvarte, por malo que seas, y así glorificará Su nombre como Salvador. “Será a Jehová por nombre, por señal eterna que nunca será raída”. Así yo te digo, oh alma, que aunque estés llena únicamente de pecado y vacía de

todo lo demás, el Espíritu de Dios puede llenarte de gracia; y aunque las tinieblas te cubran con su túnica, el Espíritu de Dios puede venir sobre ti, y crear la luz en ti en el Señor. Así que no debes desesperar, sino más bien presta un oído atento a esta palabra del Señor Jesucristo: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo”; o esta: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. ¡Que el Espíritu de Dios te conduzca a creer en Jesús!

En este texto hay un ánimo igual para aquellos que son el pueblo de Dios, o que una vez pensaron que lo eran, pero que han caído en una condición muy triste y angustiosa. Hay algunos que han caminado a la luz de Dios, y han gozado de una dulce comunión con Él, pero han sido muy negligentes, o han descuidado la oración en privado, o tal vez, han caído en pecado, y ahora han alcanzado tal estado de corazón que no pueden ver nada de gracia en ellos. “¡Oh!”, —dice uno de ellos— “yo soy peor que el pecador que no conoció nunca a Cristo. Siento como si hubiera hecho el papel de un apóstata, como Judas, o como si me hubiese apartado, como Demas, amando este mundo presente, o como si fuese un árbol sin fruto, dos veces muerto y desarraigado. Yo en verdad siento dentro de mí que no hay orden de la gracia ni luz del amor”.

Querido amigo, presta atención a mi texto: “Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”. Yo bendigo a Dios porque en múltiples ocasiones, cuando me sentía más estéril, he sabido lo que es ser llevado a florecer y a producir fruto; y cuando estaba aparentemente más muerto, súbitamente he sido revivido a una vida estática; y he yacido, en mi propia estimación, a las puertas del infierno, sin embargo, por una promesa aplicada con poder, por una centella de la energía divina, he sabido lo que es ser levantado, y ser conducido a decir, incluso en aquel lugar en el que dormía mi alma, como Jacob lo hizo en Bet-el: “No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo”. ¿No ha tratado así con frecuencia el Espíritu de Dios con ustedes, santos experimentados, que conocen cuáles son los altibajos de la vida cristiana? ¿No los ha hecho fuertes cuando estaban débiles, y no los ha llevado a cantar justo después de que estuvieron suspirando, y no ha hecho que las

aguas estuvieran más calmadas justo después del huracán? Entonces ustedes se han regocijado con el claro brillo después de la lluvia, cuando concluyó y se marchó el invierno, y cuando la voz de los pájaros cantores fue escuchada en su tierra. Yo sé que descubrieron que fue así; entonces, ¿piensas ahora que el Señor espera encontrar algo bueno en ti antes de que Él te bendiga? ¿No te amó cuando estabas en tu sangre, como un bebé arrojado en el campo sin lavar y sin cubrir? ¿Piensas que Su brazo se ha acortado o que se ha disminuido Su amor? Tú dices que les ha sido infiel, pero Él permanece siendo fiel. Tu fe pareciera estar muerta, pero “vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Tú te sientes muy inmundo, pero:

Hay una fuente, llena de sangre,
Extraída de la venas de Emanuel;
Y los pecadores, sumergidos en esa sangre,
Pierden todas sus manchas culpables.

No pierdan la esperanza, queridos amigos; miren otra vez a la cruz, comiencen de nuevo allí mismo donde comenzaron antes. Recuerden la sencilla historia que les conté hace mucho tiempo, sobre Juanito el buhonero, que solía cantar:

Soy un pobre pecador, y nada más,
Pero Jesucristo es mi Todo en todo.

Regresa a ese punto, amado hermano o hermana, y así regresarás a la luz otra vez, y una vez más te darás cuenta de que el Espíritu de Dios está obrando dentro de tu espíritu.

Yo pienso que nuestro texto da también aliento a aquellos que están trabajando para Dios. Tú no estás pensando ahora acerca de ti mismo; por la gracia divina, has sobrepasado esa etapa, y estás pensando acerca de otros. Vas a tomar un distrito, y vas a visitarlo, y hay espacios allí en los que pululan los peores individuos. No conoces a ninguna buena persona allí en lo absoluto que sea probable que te dé la bienvenida y te ayude. Vé allá, mi querido hermano, aventúrate allí, mi querida hermana, sin ningún miedo, recordando que, aunque “la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”. Vé a ese oscuro lugar, pues el espíritu de Dios irá contigo. Él te

guiará a través de las tinieblas y en medio del caos, y te ayudará y te bendecirá. Los misioneros han ido a tierras donde los habitantes eran todos caníbales, pero no han sido infructuosos. El Evangelio ha sido llevado a personas que eran tan degradadas que no parecían tener ningún indicio de poseer ni siquiera un alma, y, sin embargo, el Evangelio no se ha quedado sin fruto entre ellas. No se ha descubierto ninguna raza humana que hubiere estado sumida demasiado profundamente en las tinieblas para que el Espíritu de Dios no obrara en ella, y la salvara. No perdamos la esperanza con nadie, ni pensemos que alguien está más allá del poder del Espíritu.

“Pero”, —dirá alguien— “me gustaría hablar con quienes están dispuestos a oírme y están ansiosos de ser salvados”. Sin duda que te gustaría, pues a la mayoría de la gente le gusta el trabajo fácil; pero si el Señor te envía a aquellos que no desean ser salvados, y a quienes no les importa la religión, no debes ser selectivo en tu trabajo, sino que has de ir allí donde Dios te envía. ¿Acaso no te gustaría ir allí donde Dios recibirá mayor gloria? Por supuesto que te gustaría. Pues bien, Él recibe mayor gloria cuando los peores pecadores son salvados, cuando aquellos que le odiaban más comienzan a amarle, cuando aquellos que se oponían más a Su verdad, la reciben gozosamente. Entonces se da el mayor triunfo de Su gracia y la mayor gloria a Su santo nombre. Algunas veces se me ha ocurrido que me hubiera gustado vivir en Inglaterra en los días de los ‘puritanos’. Debe de haber sido un gran privilegio haber oído a algunos de esos viejos maestros de teología predicando el Evangelio, y haberse mezclado con las santas multitudes que adoraban a Dios en aquellos días cuando esta tierra era un verdadero Paraíso. Pero hay más necesidad del predicador del Evangelio ahora de la que hubo jamás, y, por tanto, debería alegrarse de estar allí donde es más necesario. Un buen siervo prefiere que su señor le ponga donde tenga mucho que hacer, que dejarle estar donde hay más obreros que tarea.

Yo veo que las densas nubes del Papado se esparcen sobre la tierra en todas direcciones, y casi no veo nada en los signos de los tiempos que tienda a alentar a nuestro corazón. Veo abundante consuelo en las Escrituras, tengo mucho gozo en el Señor, y descanso en Él; pero en cuanto al rumbo que están siguiendo las cosas en todas las iglesias, ¡ah, Señor Dios, cómo ha sido reprimido Tu Espíritu, y cuán limitada obra pareciera

estar haciendo en estos tiempos malvados! Pero debido a que los tiempos son negros, ¿hemos de desesperar? No; aún hemos de recordar que cuando “la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo”, entonces “el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”.

¿No sucedió así en los propios días de Cristo y en el tiempo de los apóstoles? El mundo estaba sumido en el pecado, y la superstición y la crueldad; pero después de Pentecostés, miles de personas fueron convertidas. ¿No sucedió así en los días de Lutero? La iglesia profesante, como otro Sansón, fue arrullada hasta quedarse dormida sobre el regazo de la Dalila de Roma, y las guedejas de la iglesia fueron cortadas por completo, y su fuerza desapareció, y fue entregada a los filisteos. Pero, a su tiempo, el Espíritu Santo entró en las tinieblas, y la grandiosa verdad de que somos justificados por fe, y no por las obras de la ley, fue como una repetición del antiguo mandamiento y su secuela: “Sea la luz, y fue la luz”.

Bendito sea Dios, porque las tinieblas de aquellos días no pudieron detener la luz de la predicación de Lutero, ni la enseñanza clara y transparente de Calvino, ni las palabras ardientes de Zuinglio; y si toda Inglaterra se tornara negra como la noche, y las cosas empeoraran, y empeoraran, y empeoraran y empeoraran, hasta que llegaran al colmo de lo malo, y Satanás señoreara sobre todo, no habría motivo de temor incluso entonces. Los soldados de Cristo deberían proseguir su marcha intrépidamente, pues el Espíritu de Dios se moverá de nuevo cuando reinen el caos y las tinieblas. Tengan buen ánimo, hermanos y hermanas en Cristo. Continúen orando, continúen trabajando, continúen confiando, y Dios, en verdad, los bendecirá.

Yo oro sinceramente porque aquellos a quienes les he hablado reciban la parte de verdad que hubiere expresado, y especialmente oro pidiendo esto para el pecador que busca. ¡Cómo anhelo que se dé cuenta de que el único poder que puede salvarle radica fuera de él mismo! Si has de ser aceptado jamás delante de Dios, no serás aceptado nunca por medio de cualquier cosa que tú seas en ti mismo. Tendrás que ser aceptado en Cristo Jesús; y, para ser aceptado en Cristo Jesús, has de tener fe en Jesús. Si has de ser alguna vez un hijo viviente del Dios viviente, el Espíritu de Dios ha de vivificarte. No hay nada en ti en lo absoluto que te pueda recomendar ante tu Dios; Él y

sólo Él debe salvarte si has de ser salvado jamás. “Vamos”, —dice alguien — “tú me empujas a la desesperación al hablar de esa manera”. Yo desearía empujarte a tal desesperación que te hiciera cesar de tus propias obras, y abandonar toda idea de autosalvación, y hacerte caer como un muerto delante del trono de la misericordia y clamar: “¡Señor, sálvame, que perezco!” No podemos predicar demasiado llanamente que la salvación es únicamente del Señor. Todo lo que es hilado por la naturaleza tendrá que ser deshilado, y el alma debe ser revestida con el manto sin mancha de la justicia de Cristo. Podrías construir sobre el cimiento de arena del mérito de la criatura, pero todo lo que construyas, sin duda, se vendrá abajo. Oh, que cesaras de esa labor de insensata construcción, y que edificaras sobre lo que Jesucristo ha hecho; entonces, edificarás sobre la roca, el cimiento real. Si el Espíritu de Dios te capacita para edificar allí, habrás construido para la eternidad. ¡Que la gracia, la misericordia y la paz sean con ustedes al hacer eso, por medio de Jesucristo nuestro Señor! Amén.

